

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

# **El amor a la patria en México. Antropología de una pasión.**

Dení Ramírez Losada.

Cita:

Dení Ramírez Losada (2009). *El amor a la patria en México. Antropología de una pasión. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/2126>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# El amor a la patria en México

## Antropología de una pasión\*

**Dení Ramírez Losada**

*Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla  
denilosada@yahoo.com*

Es un hecho que en las investigaciones sobre los nacionalismos, ya sean viejos o nuevos, siempre se subestiman o se hace caso omiso de los intensos sentimientos que despierta en los individuos la pertenencia a la nación. De manera reiterativa queda olvidada la relación afectiva y simbólica que los individuos establecen con su nación. Quizás un olvido voluntario generalizado o una dificultad metodológica puedan ser la causa de esta notable ausencia. Sin embargo, en este trabajo intentamos superar ese olvido y ofrecer un camino novedoso, o menos reiterativo, sobre los efectos de los nacionalismos no sólo en la construcción de la identidad personal, sino en los sentimientos nacionalistas y, en especial, el sentimiento de amor a la patria. Me interesa, más que nada, hablar sobre el resultado final del proceso de implantación de la nación en la conciencia: el sentimiento de amor. Con ello no pretendo decir la última palabra sobre un fenómeno social tan complejo y variado, sólo trato de aportar otros elementos que, quizás, puedan arrojar luz sobre su dinámica y funcionamiento.

---

\* Las ideas que aparecen en este trabajo fueron desarrolladas en una investigación más amplia. Véase: Dení Ramírez Losada. 2003. *El amor a la patria en México. Antropología de una pasión*. Puebla: ICSI.

### ***¿Por qué estudiar el sentimiento de amor a la patria?***

La comprensión de los sentimientos no está exenta de dificultades que mucho le deben tanto a la dificultad misma de definir qué es sentimiento, como al lenguaje que utilizamos para explicarnos sus sentidos. Hablar de los sentimientos es situarse a medio camino entre el individuo y la sociedad, la psicología y la biología, y los no menos problemáticos vínculos entre el cuerpo y la mente. Hablar de los sentimientos implica, también, adentrarse en infinidad de metáforas, proverbios, eufemismos, imágenes, retóricas o expresiones del lenguaje que no sólo reflejan el vasto mundo de relaciones sociales y personales que entran en juego, sino que influyen en nuestra manera de comprenderlos y experimentarlos. Hablar de los sentimientos conlleva, además, reconocer ciertos cambios físicos, gestos y posturas corporales, o algunas prohibiciones y tabúes asociados a su experiencia y expresión.

No es despreciable la vasta literatura sobre los sentimientos. Los enfoques varían desde el clásico libro del filósofo francés René Descartes *Traité des passions de l'âme* (1649), el no menos influyente trabajo del naturalista y fisiólogo inglés Charles Darwin *The Expression of Emotions in Man and Animals* (1872), hasta los más recientes estudios neurológicos sobre la bioquímica cerebral de los sentimientos; pasando por una amplia gama de estudios literarios, históricos, sociológicos, psicológicos y antropológicos. Aunque muchas de estas investigaciones no se ponen de acuerdo en cuestiones como la universalidad o relatividad de los sentimientos, la "naturalidad" o no de los mismos, la separación o no entre emoción y razón; lo cierto es que ninguno de estos enfoques ha dado una respuesta satisfactoria al problema del estudio de los sentimientos pues aún no existe, como bien señala A. Surrallés, una reflexión autorizada para distinguir «l'émotivité, comme disposition universelle de l'être humain, des émotions, entités culturellement construites»<sup>1</sup>.

Ahora bien, ¿qué sentido tiene estudiar los sentimientos intrínsecos a los nacionalismos? Esta pregunta remite de manera directa a otras dos: ¿por qué estudiar el sentimiento de amor a la patria?, ¿se puede amar a la patria como se ama a una persona? Las respuestas a estas interrogantes no resultan tan evidentes. Su complejidad surge, tal vez, porque los significados del sentimiento de amor a la patria con la variedad de afectos que es capaz de movilizar: ira, pena, enojo, vergüenza, tristeza, culpas, orgullo, alegría, satisfacción, felicidad..., son múltiples, diversos y contrastantes, amén de los mundos tan opuestos y peligrosos que evoca el propio discurso amoroso: la exaltación o la trivialidad.

---

<sup>1</sup> Alexandre Surrallés i Calonge. 1998/1999. "Peut-on étudier les émotions des autres?". *Sciences Humaines*, 23: 40.

Desde luego, la relación de los sentimientos con el mundo si bien no la podemos captar en sí misma, al menos la podemos denominar y percibir de forma indirecta. Si partimos de la idea de que la nación es un concepto abstracto y que los símbolos, costumbres, ceremonias, entre otros constituyen los aspectos más sólidos y perdurables de la nación ya que garantizan la continuidad de la comunidad, pues articulan y hacen tangibles el concepto mismo de nación; entonces, podemos decir que los individuos no expresan una relación directa con la nación, sino que expresan los sentimientos depositados en las partes más perceptibles o tangibles de la misma. Esto es, los individuos no hablan de la nación en sí misma, sino de los elementos de un sentimiento socialmente construido, es decir, de los componentes que el amor a la patria deposita en ella. Componentes que aunque muchas veces parecen o resultan contradictorios, modelan, sin embargo, ese perfil de la patria que todo "patriota" —por así llamarlo— reconoce sin vacilaciones y lo ama como a un ser único<sup>2</sup>. Es pertinente aclarar que patria y nación son un mismo y único concepto, lo que las hace diferentes no es otra cosa que la «proyección hacia el interior de la conciencia»<sup>3</sup>, lugar donde la patria queda escindida de su pretexto público: la nación, para convertirse en un percepto íntimo en el cual se reconocen olores, sabores, colores... Sin embargo, aunque la nación resulte un concepto sumamente abstracto, a través de los sentimientos no sólo podemos entender la relación de los individuos con su nación, sino lo que justifica sobremanera su pertenencia a la misma (el amor a la patria) y las esperanzas depositadas en ella, porque los sentimientos también encierran deseos, intenciones, motivos y metas definidas que modelan de forma clara la conducta, las aspiraciones y las acciones de los individuos.

No obstante, lo más sorprendente de todo es que para entender el sentimiento de amor a la patria es necesario recurrir a la exégesis del discurso amoroso, es decir, hay que tratarlo como un texto que permite referirse a distintas figuras reconocibles en el discurso porque han sido leídas, escuchadas y experimentadas<sup>4</sup>. Figuras y metáforas que si bien pueden designar distintos atributos que el amor a la patria deposita en la patria, la mayoría de las veces algunos atributos *hipostatizan* todo el discurso amoroso y lo *esencializan* tanto como al objeto amado. En consecuencia, en el discurso sobre el sentimiento de amor a la patria lo importante no es lo que dice en sí, sino todo lo que articula porque si bien la patria resulta ser un sujeto construido de

---

<sup>2</sup> Manuel Gutiérrez Estévez. 1995. "El amor a la patria y a la tribu. Las retóricas de la memoria incómoda". Ponencia presentada en el Seminario *El malestar de la memoria*, Trujillo, España, 5-10 de junio, 1995, p. 32.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>4</sup> Roland Barthes. 1982. *Fragments de un discurso amoroso*. México: Siglo XXI, p. 17.

manera discursiva, el discurso amoroso no es un simple ornamento retórico. Es más que eso, es una tautología pues la patria resulta ser, a su vez, el tropos mediante el cual se construye de manera discursiva el sentimiento de amor a la patria. Sentimiento que por ser resultado de la clase de amor que la sociedad nacional produce hacia su imagen íntima: la patria<sup>5</sup>, lleva implícitos un discurso de alabanza y un estatuto de mandamiento que no sólo hacen de la patria el objeto del más sublime amor, sino que el propio sentimiento de amor a la patria se vuelve irreductible en su carácter ético dado su imperativo moral de obligación y deber. Obligación de cumplir las demandas de la patria y deber de cuidar su honor. Así las cosas, la patria/nación es una realidad socialmente construida hacia la cual se aproximan, de la cual se alejan y contra la cual luchan nuestros sentimientos.

### El sentimiento de amor a la patria en México

Si bien es cierto que existe una «matria» en el sentido de L. González<sup>6</sup> o, que existe una región cuyos límites geográficos son mayores a los de la «matria» pero menores a los correspondientes a un Estado nacional, también existe una patria, inevitablemente asociada al territorio nacional, que es apropiada de manera subjetiva y, el territorio que la delimita, constituye un «objeto de apego afectivo y sobre todo [un] símbolo de pertenencia socio-territorial»<sup>7</sup>. De esta forma el territorio se conforma a partir de dos realidades que interactúan: un espacio geográfico externo marcado por la cultura y otro interno definido por la subjetividad.

Lo anterior se pone de manifiesto en los testimonios de los entrevistados donde, para la mayoría, el territorio patrio interiorizado representa lo conocido, lo familiar, lo que protege, lo bello, lo que proporciona raíces e identidad y además, el lugar de los antepasados porque, se sabe, los muertos aún mandan. De esta forma, el espacio geográfico es apropiado como referente simbólico de la identidad nacional pues también es propiedad y expresión de un pueblo. Desde luego, al territorio nacional le sucede lo mismo que a la nación. Su totalidad no se conoce por

---

<sup>5</sup> Manuel Gutiérrez Estévez, *op. cit.*, p. 33.

<sup>6</sup> El historiador Luis González define a la «matria» como aquel pequeño mundo «que nos nutre, nos envuelve y nos cuida de los exabruptos patrióticos, al orbe minúsculo que en alguna forma recuerda el seno de la madre cuyo amparo, como es bien sabido, se prolonga después del nacimiento». Luis González. 1992. «Patriotismo y matriotismo. Cara y cruz de México». *El nacionalismo en México*. Editado por Cecilia Noriega Elio. México: El Colegio de Michoacán, pp. 477-495.

<sup>7</sup> Gilberto Giménez señala que además de existir sistemas económicos, político-administrativos o comerciales, existe un sistema socio-cultural imbricado o superpuesto a los anteriores, con lo cual se puede hablar también de una región socio-cultural. Gilberto Giménez Montiel. 1996. *Territorio y Cultura*. México: Universidad de Colima, pp. 4-21.

experiencia directa, sino a través de los espacios geográficos más pequeños que sí se pueden conocer por experiencia propia. Es decir, se da una extrapolación de sentimientos desde un territorio conocido a un territorio *imaginado*. Y aunque la patria no tenga un rostro, un perfil o un cuerpo definido, cada hombre o mujer la reconoce por sus peculiaridades. Se habla de una geografía nacional única y distinta a las demás por su enorme belleza:

*México tiene toda su belleza natural, sus montañas, sus ríos, su mar, sus pueblitos, su belleza natural no tiene nombre, no tiene igual, es realmente bonito. ¿Dónde vas a encontrar unas montañas como las mexicanas? ¿Dónde vas a encontrar una playa como Cancún? En todos los países hay de todo pero como la geografía mexicana no hay* (doña Matilde, 73 años).

Para Matilde, como para muchos otros entrevistados, el territorio se erige en un centro de significados fundamental porque evoca un fuerte sentimiento de pertenencia a la nación. Se convierte en un verdadero símbolo nacionalista pues no sólo estrecha los lazos nacionales, sino que la población se identifica como un pueblo que pertenece a un mismo territorio geográfico e histórico. Los testimonios proporcionan ciertas asociaciones con un pasado común compartido en un territorio único e indiviso. En este sentido, Luis Manuel, de 37 años, nos dice que su país es:

[...] algo que traigo, algo que llevo adentro, que llevo a todos lados. Mi raza, lo que soy, lo que heredé de la gente de la que vengo, esa gente es mi familia, mi pueblo ya sea indio, español o mestizo que no deja de ser México. Mi herencia de siglos, mi cultura, la mexicana, la de siglos, lo que se ha dado desde que se formó México, desde que llegaron las primeras razas indígenas a esta tierra.

En el territorio está contenido el pasado, por tanto, ya no se habla de cualquier territorio sino de un territorio histórico único ligado a la memoria colectiva la cual, a su vez, enraíza en la tierra. El territorio actualiza, constantemente, el pasado nacional al tiempo que la historia nacionaliza el territorio convirtiéndolo en el símbolo por excelencia de la identidad colectiva nacional. En el testimonio se condensa la importancia del territorio ya no como un paisaje exclusivamente geográfico, sino como un paisaje socialmente construido donde se expresan sentimientos, aspiraciones, experiencias, ideas y emociones diversas. El territorio está revestido de un contenido mítico y simbólico importante que mueve a su veneración y sacralización porque en él están escritos, con sangre, los sacrificios de los antepasados. El territorio es el contenedor de una cultura

ancestral mezclada que se mantiene "pura" ante los embates de las influencias extranjeras. El territorio garantiza la pureza cultural porque en él está contenida la memoria histórica de la nación.

La referencia a la tierra también juega un papel fundamental al momento de establecer los criterios de descendencia; el territorio donde se nació y en el cual se vive no se aprehende sólo por nacimiento, también debe ser legado por los antepasados familiares que lo habitaron. La pertenencia a una nación es hereditaria y no adquirida. Es decir, ser mexicano no es solamente una cuestión formal vinculada al nacimiento, es una forma subjetiva de ser cuyos orígenes se remontan en el tiempo. Justamente esta visión retrospectiva remite a una concepción primordialista de la nacionalidad, esto es, está dada más por una descendencia que por un derecho de nacimiento. Habla Francisco, de 49 años:

*Las raíces no se pierden, por eso es bien importante que tus raíces sean muy antiguas, mientras más antiguas más mexicano se es. Si los abuelos son extranjeros ya no se es mexicano, se necesitan por lo menos seis generaciones para ser un verdadero mexicano. ¿Y sabe por qué?, porque un verdadero mexicano, el de raíces profundas, acepta lo que hay en México mientras que el extranjero siempre compara y eso es lo que le enseña a sus hijos.*

El testimonio trasluce un sentido de pertenencia socioterritorial basado también en la fidelidad a la patria. Así, para ser mexicano no sólo se necesita haber nacido en México, compartir una tradición cultural y tener raíces, sino que se requiere de una genealogía familiar muy antigua enraizada en el territorio nacional. Para ser mexicano de «*pura cepa*», esto es, un verdadero mexicano es mejor no tener ancestros extranjeros en la genealogía familiar porque ello pondría en entredicho el amor incondicional a la patria. Al parecer, la fidelidad a la patria se vería disminuida por la permanente comparación con lo extranjero en detrimento de lo nacional, lo auténtico, lo tradicional. La mezcla erosiona lentamente el amor a lo propio. Sin duda, la presencia de extranjeros en el linaje familiar no sólo rompe con la continuidad de las raíces familiares mexicanas, sino que resquebraja el encadenamiento genealógico que reclama toda comunidad nacional como referente obligado de identidad colectiva.

Pero la patria no sólo es un referente familiar con olores, sabores, colores, sonidos sino que, además, constituye una entidad cuyos atributos y rasgos le otorgan un rostro entre lo humano y lo divino: es fecunda, maternal, gloriosa, soberana, profunda y sagrada. Este rostro casi divino tiene dos caras: por un lado es el ser materno que se ama incondicionalmente y, por otro, es un ser que

exige un sacrificio permanente. En esta dicotomía amor/sacrificio se construyen señas de identidad significativas para quienes participan de ellas y cuyos significados sólo valoran y comprenden los que están "dentro".

A la patria, en su personificación común de madre, se le transfieren sentimientos característicos del amor filial: lealtad, disposición a morir y a trabajar por ella e incluso amarla incondicionalmente; este amor incondicional se piensa como dado, se siente como absoluto y se asume como sagrado; es un amor que existe desde siempre independientemente de las contingencias. La patria es la madre que nos ha dado el ser, que nos ha alimentado y a la cual, en reciprocidad unívoca, debemos amar y respetar sin ambages. Este amor no sólo es incondicional sino que debe llenar de orgullo a todos sus hijos. Para don Marcos, por ejemplo:

*[...] querer a México es igual que querer a la madre, de la patria no se puede renegar porque es como renegar de la que nos dio el ser, la que nos alimentó, la que nos ama y por eso debemos querer a México.*

La patria es considerada como la madre común que ama a todos sus hijos por igual; la madre que protege y honra a todos los hijos que se han distinguido por su entrega y su pasión. Es la madre que acepta el amor incondicional de sus hijos, pero castiga cuando sus exigencias no son cumplidas. Es la madre que nutre, cuida y entrega su vida por el bien de sus hijos. La patria/madre sacrifica su vida por sus hijos y a cambio de ello sus hijos deben amarla por sobre todas las cosas. El amor a la patria/madre es el amor que ella genera en los corazones de sus hijos no porque ella sea el objeto del amor, sino porque ella es la poseedora de ese amor hacia sus hijos. Pero querer a México también es:

*[...] querernos a nosotros mismos, querer a la familia, querer la tierra donde estamos, donde nacimos nosotros y nuestros antepasados, querer que se mejore, querer que lleguemos a tener la posición mundial y el respeto que nos merecemos [...] luchar por una democracia, luchar porque se mejore la ciudad, porque se mejore nuestra colonia, porque se mejore nuestro barrio, eso también es querer a México (Juan Carlos, 36 años).*

Para Juan Carlos, el amor a su patria descansa sobre el entendimiento de que la felicidad personal depende de la seguridad de su país ya que si esa seguridad se viera amenazada o se perdiera, el individuo no podría disfrutar de sus propiedades ni de su seguridad personal. El amor a su patria es el amor a uno mismo y ello supone que se debe estar preparado para el sacrificio personal en nombre de la libertad y continuidad de la patria. Pero la patria también es de todos y,

como tal, debe procurarse el bien de todos; por eso el sacrificio personal se traduce en un sacrificio por el bien común y el esfuerzo individual es recompensado con la gratificación de saberse parte integral del bienestar común. De esta forma, el amor a la patria propicia que el individuo no sólo desee el bienestar y la satisfacción personales, sino que ese bienestar y esa satisfacción personales se conviertan en bienestar y satisfacción comunes a todos.

El amor a la patria proviene de la férrea convicción de que la seguridad personal descansa sobre la seguridad de la patria. El amor a la patria es un amor que mira por su buen funcionamiento, el bien común, sus glorias y sus miserias, sus héroes y antepasados, su historia, su cultura o por todo aquello que hace sentir a sus ciudadanos dignos de ella. Amar a la patria también es defenderla, morir por ella y sacrificar nuestros más caros anhelos en nombre de su vida, sus honores, sus victorias y su continuidad. Amarla no sólo significa que nos entreguemos a ella, sino que en esa entrega debemos ofrecer lo mejor de nosotros y de la vida. El amor a la patria es una pasión exigente.

El sentimiento de amor patrio también se expresa en términos de lealtad a valores morales comunes. Lealtad a una patria en particular que sólo aquellos que se identifican con ella pueden exhibir. Lealtad a los méritos y logros de la patria; a los vínculos comunitarios. Lealtad a mantener su identidad cultural e histórica. Lealtad que exige compromiso con la libertad, la justicia y el bien comunes. Lealtad esencial para la vida moral de la patria porque justifica y legitima vínculos y lealtades fundamentales para la vida moral de los individuos, es decir, la pertenencia a la patria da forma y contenido a la moralidad individual porque el individuo es, por encima de todo, leal a su patria y le exige, de la misma forma que lo hace consigo mismo, un alto comportamiento moral.

El amor a la patria vuelve a sus ciudadanos exigentes con su patria y consigo mismos. Ellos le exigen que además de ser una comunidad basada en los vínculos de solidaridad y amor que generan los lazos comunitarios, debe asegurarles los mismos derechos políticos a todos y permitirles disfrutar de su riqueza y prosperidad. A su vez, sus ciudadanos se exigen a sí mismos trabajar por ella, dignificarla, consagrarla con su afecto y entregarle lo mejor de ellos para el beneficio propio y de la patria:

*Soy mexicano porque me marca mucho mi idioma, el sentimiento, mis ideas, mis raíces, mis costumbres que me hacen diferente; esas costumbres que tengo al comer, al beber, al platicar, al pensar, al actuar, todo eso que me hace distinto a los otros. El añorar mucho a mi país cuando estoy fuera, eso me hace mexicano. Sí, es un*

*sentimiento, una nostalgia, un querer estar en el lugar de origen, nuestro compañerismo con la gente, nuestra unidad, nuestra música, nuestro idioma, nuestra tierra. Ser mexicano es desear lo nuestro (Pablo, 20 años).*

El testimonio de Pablo predica la necesidad de defender la cultura e historia propias como valores que deben corregirse y resguardarse en su totalidad porque son bienes nuestros, son bienes que nos dan singularidad. Amar a la patria es identificarse con valores, recuerdos, mitos y símbolos que son parte de la cultura singular de una comunidad. El amor político-cívico a la patria no puede sentirse, conocerse y vivirse si no se reconocen en un origen, una historia y una cultura comunes. La lealtad y el amor a la patria no sólo se suscitan en la ciudadanía, sino que deben identificarse con una comunidad cultural específica. Es decir, los individuos además de estar ligados a raíces étnico-culturales y compartir recuerdos comunes; deben estar unidos por derechos iguales para todos que motiven y fortalezcan la lealtad y el amor a la patria. En consecuencia, el amor a la patria se traduce en un amor a las leyes, al bien común, a la libertad, a una forma de vida peculiar, a una cultura, una lengua y un territorio que proporcionan singularidad y refuerzan el sentimiento de pertenencia.

Más querer a la patria significa, también, trabajar por ella, intervenir en su devenir, formar parte activa de ella aunque no se refleje en resultados inmediatos. Quererla es legarle a los hijos una patria acorde con nuestras ilusiones y fantasías; una patria plena, capaz de producir la admiración del mundo; una patria que goce de todo nuestro amor. Pero dicho amor es un amor moral que ayuda a dar forma y contenido a los ideales y deberes más nobles de los individuos. Los ideales y deberes individuales se sienten intensamente, lo cual permite que los individuos trabajen para ellos de manera que se realicen de forma más efectiva:

*[...] se necesita que seamos trabajadores, valientes, fuertes, honestos y agradecidos con el lugar que nos vio nacer. Se necesita ser responsable en la medida de nuestras posibilidades y ser responsable es vivir aquí y educar a nuestros hijos con nuestro trabajo (María Elena, 25 años).*

Trabajar por la patria ennoblece el amor a ella pues no sólo se trabaja por el bien personal, sino que se trabaja para el conjunto nacional. Trabajar por ella es garantizar su libertad y dignidad ya que al no hacerlo estamos olvidando nuestras obligaciones para con quien nos dio el ser. La reciprocidad amorosa es, ante todo, un ideal moral vinculado íntimamente a la libertad y la dignidad de la patria. Lamentar la pérdida de la dignidad y libertad personales es sinónimo de lamentar la vergüenza y las humillaciones que nuestra patria ha sufrido. Trabajo, lealtad y dignidad forman la tríada del bien común que vale la pena defender para lograr, así, una patria libre y soberana.

Quererla es preservar el legado de los héroes que le dieron vida, es no traicionar el amor que con sangre y fidelidad firmaron los patriotas. Quererla es perdurar, trascender porque amándola aseguramos su continuidad. El individuo que ama a su patria y está dispuesto a entregar la vida por ella nunca muere, pues la unión con la patria le permite ser tan histórico e inmortal como ella. Amar a la patria es vencer a la muerte que, insoslayable, marca nuestra finitud humana.

### ***A modo de conclusión***

Ahora bien, si tomamos en cuenta que las naciones reivindicadas por los nuevos y viejos nacionalismos comparten un sustrato común de elementos a partir de los cuales se les puede definir: cultura, tierra, lengua, mito de origen, símbolos, historicidad, justificación del presente y de un futuro que compartir, y que todos juntos constituyen un «capital simbólico» que, por un lado, favorece el surgimiento de una identidad, y por el otro, posibilita la relación afectiva y simbólica con la nación; no resulta difícil entender su gran capacidad de permanencia en las narrativas identitarias. Esto es así porque «la capacidad de las narrativas para construir y preservar la identidad» está estrechamente relacionada con «su poder de producir emociones compartidas en un grupo»<sup>8</sup>, amén del gran valor emocional que tienen para cada uno de los individuos que componen la nación.

Por lo mismo, cualquier modificación en los significados del capital simbólico, de los mitos de origen e, incluso, de las propias ideas constitutivas del "nosotros" colectivo no se traducen en una modificación inmediata y automática de los sentimientos nacionalistas ya que la transformación de las señas de identidad debe pasar no sólo por la transformación de una simbología, sino por el cambio en los significados que se construyen y socializan dentro de una nación, los cuales entran en la «dinámica afectiva de los elementos de la cultura»<sup>9</sup> de un grupo en particular.

---

<sup>8</sup> Alberto Rosa, Guglielmo Bellelli y David Bakhurst. 2000. "Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional". *Memoria colectiva e identidad nacional*. Compilado por Alberto Rosa, Guglielmo Bellelli y David Bakhurst. España: Biblioteca Nueva, p. 81.

<sup>9</sup> *Idem*.